

## MIS ODIOS



El odio es santo. Es la indignación de los corazones fuertes y poderosos, el desdén de las personas á quienes la medianía y la necesidad enojan. Odiar es amar, es tener el alma fuerte y generosa, vivir holgadamente, despreciando lo necio y lo vergonzoso.

El odio consuela, el odio hace justicia, el odio engrandece.

Cada vez que me he rebelado contra las sociedades de mi tiempo, me he sentido rejuvenecer y he cobrado más alientos. He hecho mis compañeros al odio y á la arrogancia; me he complacido en aislarme, y en mi aislamiento he querido odiar cuanto atacaba á lo justo y á lo verdadero. Si hoy valgo algo, es porque estoy solo y porque odio.

\*  
\* \*

Odio á los hombres incapaces é impotentes; me

molestan. Me han quemado la sangre y han lastimado mis nervios. Nada tan irritante como esos brutos que al andar se balancean como los patos y miran con asombrados ojos y con la boca abierta. No he podido nunca dar dos pasos sin encontrar tres imbéciles, y esto me causa pena. Por todas partes los hay. El vulgo se compone de necios que os salen al paso para salpicaros el rostro con la baba de su medianía. Estos necios se mueven y hablan, y su aspecto, gesto y voz me incomodan tanto, que como Stendhal, antes quiero un pícaro que un tonto. ¿Qué podemos hacer de tales gentes, pregunto, en los difíciles tiempos de lucha por qué atravesamos? Al salir del viejo mundo, nos precipitamos hacia un mundo nuevo.

Los imbéciles se cuelgan de nuestro brazo, entorpecen nuestro paso en medio de estúpidas caricaturas y sentencias absurdas, y hacen resbaladizo y penoso el sendero que hemos de recorrer. En vano queremos desprendernos de ellos; nos oprimen, nos ahogan y se pegan cada vez más á nosotros.

Estamos en la época en que los ferrocarriles y el telégrafo nos transportan en cuerpo y alma á lo infinito y á lo absoluto, en la época grave é inquieta, período de gestación de una nueva verdad de la inteligencia humana, y hay sin embargo hombres necios y nulos que niegan lo presente y se pudren en el pequeño y nauseabundo charco de su trivialidad. Podemos conseguir algo de los locos; los locos piensan y tienen todos alguna idea, cuya exagerada tensión ha roto el resorte de su inteligencia. Los dementes son enfermos del espí-

ritu y del corazón; almas desdichadas, pero llenas de vida y de fuerza. Quiero escucharles, porque siempre espero ver brillar, en medio del caos de sus pensamientos alguna verdad suprema. Mas, por piedad, que maten á los necios y á los tontos, á los incapaces y á los estúpidos; establézcanse leyes que nos libren de esas gentes que abusan de su ceguera para decir que es de noche. El insolente reinado de los tontos ha cansado ya al mundo; los tontos en masa deben ser conducidos á la plaza de Grève.

Les odio.

\*

\* \*

Odio á los hombres que se amartillan en una idea personal y van como un rebaño empujándose unos á otros é inclinando la cabeza para no ver el resplandor del cielo. Cada rebaño tiene su Dios; su ídolo, en aras del cual inmola la gran verdad humana. Prosiguen con seriedad su camino y van andando con grave continente en medio de la necedad, lanzando exclamaciones de desesperación cada vez que algo turba su fanatismo pueril.

.....  
 ¿Dónde están, pregunto, los hombres libres, los que viven abiertamente, los que no encierran el pensamiento en el estrecho círculo de un dogma y avanzan francamente hacia la luz, sin miedo á desmentirse mañana y sin cuidarse más que de lo justo y lo verdadero? ¿Dónde están los hombres

que no forman parte de la «claque» juramentada y que aplauden á una indicación del jefe, á Dios ó al príncipe, al pueblo ó á la aristocracia? ¿Dónde están los hombres que viven aislados, lejos de los rebaños humanos, los que acogen bien todo lo grande, los que desprecian las camarillas y son partidarios de la libertad de las ideas? Cuando estos hombres hablan, las gentes graves y estúpidas se enfadan y los abruman con el peso de su número; luego, con aire solemne, vuelven á ocuparse de su digestión, y cuando están en familia, prueban de una manera indudable que todos son unos imbéciles.

Les odio.

\*

\* \*

Odio á los que de todo se burlan, á los caballetes que, no pudiendo imitar la pesada gravedad de sus papás, al examinar las cosas, lo hacen riéndose de ellas. Hay carcajadas más desprovistas de sentido que el silencio diplomático. La época de ansiedad en que vivimos trae consigo una alegría nerviosa é impregnada de angustia, que me produce el mismo desagradable efecto que me causaría oír limar los dientes de una sierra. ¡Callad todos los que os habéis impuesto la tarea de divertir al público!...

.....  
 Por lo que á mí respecta, lamento que tengamos tantos hombres de chispa y tan pocos de verdad,

de imparcialidad y de justicia. Cada vez que veo un muchacho soltar la carcajada para divertir al público, le compadezco y siento que no sea bastante rico para vivir en la holganza, en lugar de reir de un modo tan poco digno. Mas, para los que sólo lanzan carcajadas, sin derramar nunca una lágrima, no tengo compasión.

Les odio.

\*

\* \*

Odio á los estúpidos, que todo lo miran con desdén; á los impotentes, que dicen que el arte y la literatura mueren de muerte natural. Ellos son los cerebros más vacíos y los corazones más secos, las personas que se entierran en lo pasado y ojean con desprecio las calenturientas obras de nuestra época, y las califican de nulas y pequeñas. Yo miro las cosas de otra manera. Me cuido poco de la belleza y la perfección, pues sólo me interesa la vida, la lucha, la fiebre. Entre nuestra generación me encuentro muy á mi gusto. Me parece que el artista no puede desear época mejor, ni ambiente más á propósito. No hay maestros ni escuelas. Vivimos en plena anarquía, y cada uno de nosotros es un rebelde que piensa, crea y se bate por sí y para sí mismo. El momento es decisivo: esperamos á los que hieran mejor y más recio, á aquellos cuyos puños tengan la suficiente fuerza para cerrar todas las bocas; y cada nuevo lucha-

dor abriga en el fondo la vaga esperanza de ser el dictador, el tirano de mañana.

.....

.....

.....

Nieguen los ciegos nuestros esfuerzos; vean en la lucha que sostenemos las convulsiones de la agonía, sin embargo de ser estas luchas los primeros quejidos que anuncian el nacimiento. Al fin y al cabo son ciegos.

Les odio.

\*  
\* \*

Odio á los pedagogos que nos guían, á los pedantes y á los hombres enojosos que rehusan la vida. Soy partidario de las libres manifestaciones del genio humano. Creo en una serie no interrumpida de expresiones humanas, en una galería interminable de cuadros, y lamento el no poder vivir siempre para asistir á la eterna comedia que consta de mil actos diversos. Soy un simple curioso. Los necios que no se atreven á mirar hacia adelante, miran atrás.

Quieren constituir el presente con las reglas del pasado, y quieren que el porvenir tome por modelo las obras y los hombres de tiempos que fueron. Los días amanecerán, y cada cual traerá consigo una nueva idea, un nuevo arte, una nueva literatura. Las obras serán tantas y tan variadas como las sociedades mismas, y éstas se transfor-

marán eternamente. Pero los impotentes no quieren ensanchar el marco; han hecho la lista de las obras existentes, y por tal medio han alcanzado una verdad relativa, que pretenden hacer pasar por absoluta. No crean; imitan. Y he aquí por qué odio á las gentes neciamente graves, á las neciamente alegres, y á los artistas y á los críticos que quieren hacer estúpidamente la verdad de hoy con la de ayer. No comprenden que avanzamos y que los países cambian.

Les odio.

\*  
\* \*

Y ahora, ya sabéis cuáles son mis amores, los bellos amores de mi juventud.

---